

Lecciones para luchar

Felipe Valdivia



Santiago - Chile

Ch 861

V.146

Valdivia, Felipe, 1985 -

Lecciones para luchar / Felipe Valdivia.

Santiago, Olga Cartonera, 2015.

44p. : 22 x 15cm

1.- Poesías chilenas I.Autor II. Título

Lecciones para luchar de Felipe Valdivia

Derechos Reservados

Registro Propiedad Intelectual N° 243.483

@Olga Cartonera

www.olgacartonera.blogspot.com

Twitter: @olgacartonera

olgacartonera@gmail.com

Diseño Isotipo: Fernanda Pasten

Este ejemplar n° _____ es único, original e irrepitible y está hecho a mano por Olga Cartonera

Santiago, Chile, 2015

2ª impresión 2018

“No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente”, Virginia Woolf.

A todos los que luchan diariamente por su bienestar y felicidad.

Índice

Origen	11
Polvo de estrellas	13
La cárcel entre los huesos	17
Cae y se levanta	19
Cocinar	23
Te como	24
Una mujer	25
Caminando	26
El pajarito y el alimoche	43
Poder	45
Ya no éramos iguales	46
Los robotitos idiotizados	49
Me acuerdo	51
No me acuerdo	54
El portero del Congreso	55
Si no existieran ideales	58
Los cuchilleros	65
Allá afuera	67
Me temo	68
Muerte	70
Subir o bajar	71
Dos lunáticos frente a un espejo	76
Las contradicciones de la nada	79

Cáncer 84

La risa de Dios 85

Origen

Polvo de estrellas

Soy de Chile, o las leyes quisieron eso,
y nací en un trozo al que denominaron Ñuñoa,
abrí las piernas de mi madre una madrugada de febrero
cuando el planeta Tierra seguía volteándose
la misma vuelta de carnero que me di yo en los brazos del
doctor.

Un espermio me poseyó
me tomó de los brazos y de las piernas
y se convirtió en ser humano,
pero antes de eso,
éramos átomos y minerales
albergados en el vientre de un meteorito
que cayó con prisa a las piscinas fértiles de la tierra
hace más de 5 mil millones de años.

Me abandonaron como una bacteria depositada en alta mar,
me convirtieron en un renacuajo que navegaba en las aguas
vírgenes y límpidas
y empecé a tomar forma cuando comprendí que era un lobo,
mi piel se tornó negra,
caminé descalzo por los páramos de nieve

y desaparecí cuando esta esfera se cubrió de un blanco impenetrable.

Me visto de pieles rotas,
de corazones destruidos,
de huesos de cartón,
de sangre que corre en todo momento,
porque soy un dictador
que ha dejado en claro que manda en este lugar
las demás especies me observan con espanto
y se arrodillan cuando me ven pasar.

He fabricado elementos que les roba la valentía,
desde entonces me tatúo el comportamiento para la humanidad.

He nacido y muerto varias veces
me han asesinado ,
me han maltratado,
me han humillado,
me han amado,
me han odiado,
me han azotado,
me han explotado,
me han torturado,

acá estoy nuevamente
en un lugar irreconocible
en una porción del planeta al que nombraron Chile
al final del mundo,
al final de todo,
al final de la
humanidad.

Estuve en otros tiempos en París,
en Kingston,
en Estambul,
en Dubai,
en Berlín,
en Río de Janeiro,
en Australia,
en tantas partes,
aunque todos hemos visitado el mundo,
la tierra se voltea,
y si en el día estuvimos en el lugar de Chile,
en la noche habremos estado en el lugar de China,
pero seguiremos siendo los últimos,
los subdesarrollados,
el culo del mundo
y desde el otro lado del mundo

nos siguen llevando la delantera,
por allá ya es viernes
acá recién es jueves.

He solicitado que al morir
me quemén junto a los recuerdos y las penas
no quiero vivir la muerte encerrado en un ataúd
como si se tratara de una cadena perpetua,
cuando sea polvo quiero volar y ser libre
elevarme en la atmósfera
salir al espacio,
navegar el infinito y posarme en una estrella
y cuando ésta explote
bajaré nuevamente.
Seré una bacteria,
me convertiré en espermatozoide y
poseeré un nuevo cuerpo.

La cárcel entre los huesos

Un niño con forma de espermatozoide
merodea por los alrededores de un óvulo
dejando en su desplazamiento sinuoso
la estela de un divertido grupo revoltoso,
de niños con siluetas de espermatozoide,
que se revuelven en su propia confusión,
y acarician las paredes húmedas de las trompas de Falopio,
mientras intentan parir una risa ausente,
y aguantar el aroma podrido del sexo candente
que viene de esas piernas abiertas conquistadas por el marido,
cuya calentura se cuele en la carrera de éstos desesperados;
de pronto a uno de ellos,
lo penetra una sensación de corriente,
como una fuerza inexplicable apoderada,
que reniega la historia reencarnada
aguantando detrás de la caravana de esperma
y un impulso descuidado
lo deja instalado en ese ciclo que no merma.

Y cuando nace,
llora desconsoladamente,
porque dos manos insolentes lo agarran con fuerza
y al enfrentarse a una luz fulgente
se inicia la conexión en su cabeza,
como si en ese intervalo
se cargaran los datos para la memoria,
y a los 3 años, cuando se transforma de bebé a niño,
ya se siente una escoria,
y lucha en su interior por apresar ese impulso vehemente;
sus padres reclaman porque es inquieto
y casi todos afirman que es normal que no se esté quieto,
porque así son los niños, dice la gente.

En un descuido entrometido,
el niño se escapa de la mirada de sus padres,
y ahogado en la piscina,
la fuerza –de nuevo– vence a la cárcel asesina.

Cae y se levanta

Cae la noche,
cae el sol en el horizonte,
se apaga la luz de la estrella,
se encienden las ilusiones en el cielo,
las promesas incompletas y anacrónicas,
de los enamorados que todavía
beben de esa pócima venenosa.

Caen los párpados,
cae el cuerpo en el lecho,
se levantan los ronquidos
que flotan por la ciudad,
que se mezclan con ladridos persistentes,
que se ahogan con siseos de ruedas nocturnas.

Cae el cansancio,
se levanta el alma,
que deambula sonámbula por un paso oscuro,
el tiempo se detiene,
el cuerpo yace inerte en el lecho,
las almas se divierten en la madrugada,
beben y fuman en una fiesta inexistente,
tienen tendencias a la licantropía,
porque el alma de todo humano es negra,

y para cuando la estrella despierta,
para cuando extiende sus rayos,
el alma regresa en pena,
acogotado al cuerpo,
el despertador que chilla,
el cuerpo se levanta,
y el tiempo sigue en curso.
¿Qué es el amor?

Es la primera mirada devoradora
que penetra evanescente
entre las ropas provocadoras
mientras ambos se analizan inocentes.

Después de pensarlo viene la primera cita,
que surge como una estrategia
para todo lo que incita,
al secreto de sus vidas que se desclasifica.

Es el primer beso
la primera mano tocando eso
es la cama donde se revuelcan los huesos
que dejan escapar el jadeo excitado a ritmo de sabueso.

Son palabras que se han vestido de gala
y que terminaron enamoradas,
las acciones rebeladas ante la razón,
que no se encuentran encajadas,
ni siquiera en el motor del corazón.

Es el primer insulto,
la lejanía entre un te amo y un te odio,
el resentimiento de una cachetada,
el sexo después del indulto.

Es el aroma petrificado de la digestión,
el olor agrio del tufo en la mañana,
que sale desde nuestras bocas
hasta que nos toca
como una bala que aloca.

Son los celos
que crecen como pelos sinuosos
los regalos fastuosos
que son sólo añadidura a ese clímax fabuloso.

Es la promesa
colocada sobre la mesa,
que emite un brillo fulgente;
es la señal en la cabeza,
el anillo que esposa para siempre.

Es la lágrima que cada uno derramó esta tarde,
los suspiros de todos ustedes,
la alegría y la sonrisa dibujada en el alarde
de este amor que presentamos ante ustedes.

Cocinar

Cocinar es...

Escribir con los alimentos;

Ahogar a un vegetal en agua

para vitalizar a un cadáver de huesos;

matar a un animal

para revivir a otro animal;

conquistar con aliños y aderezos;

pintar un cuadro vacío

con naturaleza humeante y fresca;

ayudar a escapar los aromas

para que sean libres en el mundo;

alegrar una pena

que cae en forma de lágrima

desde el ojo de una amante

que concluyó su relación de cinco años

con su novia que nunca aprendió

ni a cocinar,

ni tampoco a escribir poemas de amor.

Te como

Tu bronceado riguroso de naranja
lo tomas en esa calabaza,
te sumerges en un baño de harina y sal
en el salón de belleza,
y tu cuerpo aceitoso llega desnudo a mi boca
te como a trocitos,
¡qué sensual que eres!

Una mujer

Un hombre excitado son las manos frente a una fruta
que la observa con deseo, acariciándola en su mente
y de pronto la desnuda deshojando al pudor,
saboreando los tonos del sabor.

En el interior de su boca la hace suya para siempre
adentro, muy adentro en el infinito calor.

Caminando

I.

Dos parejas de botas descansan su cansancio,
apoyadas en sus cuerpos,
sus cuellos de jirafa alcanzan lo alto de la pierna
en el límite de la seducción,
descansan como bellas durmientes
que recién vienen conociéndose,
descansan sus desconocidos pasos
por los charcos que ha dejado la lluvia de la noche anterior,
que despiertan con un tímido e inofensivo rayo de sol otoñal,
la voz en los oídos sordos que se niegan a escuchar,
y no impacta en los ojos que se niegan a mirar.

Caminando, comiéndose cada metro,
quemando las distancias entre destinos que nunca se conocerán
en cada paso se van encadenando con los brazos,
como viejos amigos,
como antiguos confidentes,
como el pacto de la amistad que se han jurado en las buenas y
en las malas.

Un paraguas que detiene la lluvia en el tiempo,
abajo, en ese subterráneo donde la noche es eterna,
las estrellas muertas,
la luna que ha sido secuestrada en alguna estación
de la galaxia oscura, calurosa,
ni siquiera los empujones han ordenado su caos,
todos maniáticos,
la presencia de sicólogos se ha requerido por instinto
automático,
la tranquilidad del corazón que corre delante de la razón,
la ingenuidad que se somete a la inteligencia,
la condena perpetua de la pena que sale a juicio,
un olor extraño en el estrado que mata las pasiones de una
conquista.

La puerta principal se cierra,
divide la desnudez de un cuerpo,
la sensualidad y conquista de una mujer se quiebra,
las revistas y papeles con inteligencia plasmada,
se publican ante la mirada crítica,
imágenes en blanco y negro,
en colores tenues
que pintan las caritas sonrientes de niños,
recursos escasos en ésta,

recursos innecesarios en esta otra,
las gotas del cielo que caen con más fuerza,
los papeles y revistas que comparten un nuevo trono,
el olor extraño que se disipa,
cuando caminando,
la lluvia vuelve a detenerse ante un paraguas.

El agua acumulada en el pavimento
recibe la pena del cielo que ahora llora,
los charcos en las esquinas
son como cánceres en el pavimento que todos esquivan.

Las botas haciendo caso omiso,
pisan fuerte y con personalidad,
no tienen miedo a ahogarse,
caminan sobre un puente que cruza sin miedo el río,
que tras suyo deja su cabellera húmeda,
mojada,
acuática,
triste,
pero fuerte,
que se hunde desde los muros más altos de la cordillera
hasta la armonía perfecta de un bravo, inteligente y sabio mar;

el río, tan imponente que traza la ciudad,
que al llegar al océano
se arrodilla como un peón ante su amo que trae sus encargos,
una corriente que sigue de forma obediente su camino
arrastrando los sedimentos que sobran en la bodega del corazón,
los gritos,
las risas,
ambos caminan por ese pasillo al aire libre,
las sirenas y las balizas
son los guardianes que guardan en sus bolsillos
la tranquilidad para el sector.

Los dedos que arrancan las notas a la guitarra,
parecen gastados como las cuerdas vocales
que se esfuerzan por hablar en el local,
el vino es miel de alivio para la garganta,
la corona para la futura reina es seguridad caprichosa
no ha probado la cabeza que deberá adornar con sus puntas
doradas.

Sus cabellos dorados relucen a lo lejos,
mientras la mirada está perdida en el horizonte,
mientras sus ojos de cristal,
verdes como el agua turquesa,
apuntan hacia el cielo, el reflejo de su deseo

muestran la ilusión desilusionada,
que poco a poco se ahoga en el humo del cigarro,
que escapa por la ventana hacia el exterior,
que escapa con la esperanza hecha triza.
Caminando, encadenados como dos reos hacia el infinito,
la lluvia que los transporta hacia la libertad,
el sueño que lo atrapa en sus redes,
el vino que ha teñido la sangre,
la esperanza que tiene olor a alcohol,
caminando, con la lluvia agonizante,
los árboles que dejan caer las gotas atrapadas por las hojas,
las botas que no se atreven a caminar por el pavimento roto,
la madrugada que está plena,
la música que canta sin fuerza,
los ojos que comienzan a cerrarse,
el sueño que empuja con fuerza,
los bostezos que hablan fuerte,
las botas que se alivian, porque pueden descansar.

Los pies se miran tímidos,
uno frente al otro,
aún con ropas,
comentando la humedad que camina bajo ellos,
en el pavimento,

las copas hacen salud chocando sus cabezas;
sin previo aviso, los calcetines comienzan a deshilacharse,
los pies empiezan a quedar desnudos,
se quedan exhibiendo los dedos,
la hermosura de sus formas,
las curvas perfectas,
la belleza de esos huesos abrigados en piel
y un escudo con la tonalidad de una uña.
Se quedan desnudos,
se contemplan,
se admiran
y se hacen caricias.

Las poleras que vuelan como pájaros hacia la libertad,
los pantalones que se suicidan contra la pared blanca,
el piso que calienta su cabeza con la escena,
el sostén que deja de sostener los pechos,
el calzoncillo que saca de su bolsillo la pistola que reproduce el
amor,
el calzón que abre su bóveda para recibir la primera bala de
amor.

Dos parejas de botas que despiertan su cansancio,
apoyadas en sus cuellos,
como una pareja que está en el cine viendo una película,
que secan su piel, tras caminar por los charcos
que ha dejado la lluvia de la noche anterior,
que despiertan con un tímido e inofensivo rayo de sol otoñal,
que despiertan con el susurro de un abrazo matinal,
que despiertan cuando los pies vestidos se ponen su armazón
para comenzar caminando por la ruta que se empieza a
construir,
para recorrer los brazos de las ramas imperfectas que empiezan
a brotar.

II.

La inteligencia intelectual se ha puesto culta
la pintura parece fresca,
llora algunas pinceladas de tristeza y de emoción,
las gotas de los óleos parecen lágrimas reprimidas por varios
meses.

La música suena en vivo,
las letras aún intentan desesperadas escapar de esa cárcel en
blanco,
entrelíneas la tipografía trata de entregar su mensaje de
algarabía,
pero su tartamudez deja mudo al cerebro que parecía tener un
nudo en su interior.

El teatro parece ensayar sus escenas,
el cine repasa sus libretos
mientras los espectadores echan fuego a su expectación
como una fogata que arde y que saca sus filosos dientes
devorando todo a su paso,
el aire,
el viento,
las hojas,

los papeles,
las fotografías,
las cartas,
los recuerdos,
la basura.

El agua se ha impuesto y se lleva al fuego detenido
es voraz y hambriento,
y mientras andan para alimentar a las raíces
va dejando a su paso algunas gotas
que comienzan a escurrir por diferentes rutas,
como un caminante caminando,
que va recorriendo cuadros tridimensionales.

El líquido empieza a vitalizar los rincones,
la sangre se encuentra de frente,
la herida que no puede suturar,
la desconfianza que no ha querido desligarse de su raíz,
y que arrastra una mochila con los primeros conflictos.

No tienen mayor importancia,
pero el virus del daño lo han convertido en su lacayo ciego.
Sus ojos miopes
muestran los cuadros estigmatizados del futuro,

un paisaje de paraísos escépticos revela las piedras que no
permiten avanzar,
una paloma elevando su vuelo hacia las nubes,
en el piso junto a las piedras,
otra paloma observa nostálgica,
se queja caminando como lunático en un manicomio,
fija su mirada en los transeúntes que pasan a su lado
displicentes,
sus alas rotas impiden despegar sus patas
como una nube sin espacio en el cielo
para recorrer los caminos aéreos infinitos.

Un año exacto sin poder volar,
sin florecer el surgir,
mientras el resto de la bandada
se ha dejado llevar por ese maldito viento
que los ha guiado por los carriles fabricados,
la maldita decisión de escoger con las manos desatadas,
y en los ojos una molestosa venda que regala un cuadro hacia la
nada.

Por instinto como un sabueso
que busca su hueso,
la frase *lo siento* penetra fuerte en el juzgado,

imparciales y de escasos conocimientos,
los cimientos de la sabiduría,
de la confianza,
de la esperanza que avanza,
se aprietan como un puño y un nudo en la garganta,
que sólo se desata cuando el llanto de emoción explota.

La palabra oficial se impone por sobre la improvisación,
las manos se estrechan firmes
como sellando un pacto y un tratado en el corazón,
el poroto depositado empieza a empujar
desde las raíces hacia la tierra
los primeros tallos se asoman ciegos a la luz.

Un extraño que se presenta ante el juicio general,
el análisis y el veredicto tardarán en llegar,
pues de la uva rebrota la sangre de la herida en ambos bandos,
las impresiones no se deben presionar,
corren por el camino donde van andando,
el viento y la brisa que los empuja mar adentro,
fotografías que sirven para encarcelar sonrisas en las bocas,
el brillo de los ojos que penetra con el sol de invierno,

las charlas,
 las risas,
 los abrazos,
 las caricias,
 las caminatas,
 el atardecer,
 las dos palabras.

El candado impávido
que cerraba y protegía celoso el sufrimiento,
ahora está boquiabierto,
ha quedado cesante
en el mismo instante
que la llave permitió abrir las antipáticas celdas,
el dolor,
la angustia,
la pena,
todos se han declarado prófugos,
y ya nadie los extraña.

Las nubes que han bajado los peldaños desde el cielo
han logrado secuestrar al poroto enamorado
para que permita expandir sus raíces en lo alto,
las ramas se han elevado,

la planta que se expande,
el agua se escabulle rebelde por los rincones desobedientes,
que son difíciles de penetrar,
el corazón de metal agrietado
da paso a la carne viva que palpita,
y en cada latido,
el bombeo contrae el aire que va inflando el sentimiento
que son como brotes de flores en esta planta que crece rápido.

Busca espacios comunes en los que caminar,
avanzando al mismo ritmo,
un espejo que refleja la transparencia,
que proyecta la sinopsis del futuro,
en el camino se levantan muros
que protegen los campos de obstáculos,
la rabia,
la infidelidad,
la ira,
todos ellos esperan como guardias que reclutan a los soldados
para congregarse a los integrantes de este ejército,
para pudrir con sus balas esta planta que comienza a aferrarse a
la tierra,
ni el viento,
ni la lluvia,

ni la nieve,
ni lo soldados serán capaces de sacarla del camino.

Está soldada a la tierra,
está encadenada y ha sido encantada por el hechizo,
quien trate de arrancarla sufrirá todo el rigor de la angustia,
la palabra se ha hecho verbo,
los abrazos se han sellado
con el mismo candado que se había abierto
para dejar escapar al odio.

Se clausuró hasta nuevo aviso
para resguardar al amor que descansa tranquilo en su trono,
como nuevo rey,
como nueva reina,
la planta es el árbol de la vida,
y se resguarda celosa ante las infecciones que pudieran
infectarla.

III.

Los planes y proyectos regalan sus sonrisas en el horizonte,
el tiempo parece correr contra el tiempo,
siempre existe un atraso
lo que provoca que el enojo esté coleccionando canas.

Los panoramas se divierten con tantas actividades por cumplir,
la media naranja ha encontrado
los espacios exactos para acoplarse,
para sacarle la última gota de jugo que ya ni le queda a esos
instantes.

El amor ha encontrado compañía,
la planta deja bailar a sus hojas con el viento,
los primeros frutos comienzan a brotar,
la primavera
ha dado el visto bueno
para que las mariposas resguarden desde el aire a los
caminantes,
la cosecha se producirá en unos años más,
pero los planes están trazados
al menos en la hoja de ruta del camino.

La forma de un cuerpo desnudo,
de dos cuerpos que se tocan,
la belleza de la reina
que ocupa el trono en el reinado,
de las decisiones determinantes
de la soberanía que no pueden quedar atrás,
no habrá oídos sordos a sus peticiones,
ahora todos deberán acostumbrarse.

Una lengua curiosa que saborea la piel de leche,
dos manos que tratan de encontrar oro en su cabello,
los gemidos que parecen responder a cada estímulo,
mientras los pechos se endurecen,
a medida que los dientes van mordiendo
cada excitación que va guardando esa cama.

La pistola que apunta al blanco
y que penetra con sus balas los rincones inexplorados,
la virginidad que ha dejado de lado su propia dignidad,
las piernas que se abren francas y sin secretos a la aventura,
las venas duras y maduras
como una partitura de una sinfonía en un matrimonio,
porque el fruto de la mora ha dejado caer su líquido,

sobre el papel blanco que escucha las historias que el tecleo
constante le va contando.

Los planes y proyectos dejan ver sus sonrisas en el horizonte,
el largometraje para toda la vida
que se exhibe en las mejores salas,
el camino que recibe paciente a los obreros
que diariamente construyen un kilómetro más,
la certeza está segura,
las manos que se estrechan,
se acarician
se desnudan y hacen el amor.

Los abrazos que duermen juntos,
por la noche las caricias que se tocan,
los sueños que se cruzan,
no pueden vivir el uno sin el otro,
por la mañana los besos que se encuentran,
por el día,
el camino los recibe caminando
porque van en busca del fruto de esa planta,
que rápida va convirtiéndose en un tronco,
cuya historia está plasmada en su corteza.

El pajarito y el alimoche

El pajarito canta a medianoche,
desde su sitio sobre el nido,
y provoca un ensordecedor ruido,
que no deja dormir a los otros pajaritos por ese boche.

Duerme de día, despierta de noche,
porque se enamoró perdidamente de un alimoche
que viajó de España a América,
impulsado por la fuerza magnética de su corazón,
que al llegar una noche,
conoció a ese pajarito,
que cantaba dulce y despacito.

Se miraron los ojitos,
Sus plumitas y piquitos,
tantas diferencias de esos seres chiquititos,
y al descubrir el pajarito en medio de la noche
que se trataba de un alimoche,
quiso decir adiós y buenas noches.

Después de una media vuelta indiferente,
el pajarito escuchó al alimoche cantar agriamente,

pero el silbido del ave rapaz se convirtió galante,
en una sinfonía de primavera,
que al pajarito lo engatusó,
y al acercarse a él, con el pico lo atusó.

Acostándose sobre el nido,
actuaban como únicos testigos, las sombras de la noche,
y desplumando cada uno su vestido,
la pasión se convirtió en melancólico gemido,
y desnudos frente a frente, macho versus macho
no tardaron en formar un quejido,
porque se habían enamorado sin conciencia
de convertirse en marido y marido,
y el alimoche y el pajarito
se desplumaron nuevamente
saboreando el néctar de cada corazón,
se acariciaron tiernamente,
dejando atrás esa maldita desavenencia,
entendiendo que el amor,
es más fuerte que una inaudita diferencia.

Poder

Ya no éramos iguales

Ahogo mi esencia a la entrada de mi cuello,
aquella que se disfrazaba por nueve horas,
abrocho las risas y alegrías
que se encarcelan en una efigie circumspecta
emanada de forma trivial
una red evanescente que nos atrapa
nos golpea como un lazo cruel
desesperadamente la esencia intenta escapar,
correr al parque en pies desnudos,
incendiar los pulmones de humo,
inundar de whisky al hígado,
acalambrar la boca con risas sin destino,
morir en un lecho vespertino,
sembrar barba interminable
hasta regresar al punto de inicio.

Al regresar,
Seguimos aplanando nuestro trasero,
tú y yo, frente a frente,
sin ganas de conocernos,
matándonos en nuestras fantasías,
y, sin embargo, debemos amarnos,

con el objetivo de arribar a un rumbo,
que nos dará el boleto para comer los 21.

Detrás de tu carita estucada,
se esconde la misma aniña borracha de la otra noche
aquella que descueraba a los corderos,
después de cada sorbo,
la misma que se despojó de los perfumes,
desenganchó los aros,
y se deshojó de sus ropas
en la cama del motel del centro,
la que gritaba en cada movimiento,
desnudos tú y yo,
sin ahogarnos en el cuello.

El reloj nos tocó el hombro,
para avisarnos que debíamos dejar de comernos,
nos devolvieron el pasaporte
que permite regresar a la realidad,
ahogué nuevamente mi esencia al cuello,
yo te vi cómo te cubrías el cuerpo,
ya no éramos iguales,
aplanando nuestros traseros,
frente a frente,

te robé miradas,
te escondiste en tu colosal escritorio
apareciste para los informes
tú me los exigiste,
para ahora,
porque ya no éramos iguales.

Los robotitos idiotizados

Visten de corbata, pelo engominado y lija de bigotes,
dejan su maletita ejecutiva para entrar al laboratorio,
visten de combate,
el pelo se les cayó de miedo,
los bigotes del hombre están prohibidos
porque va contra la doctrina,
la homosexualidad también
porque es antinatural,
se afeitan todos los días,
porque es natural.

Los arman de maricas con pistolas y metralletas
para resguardar un pedazo de tierra
en el que se dibuja una línea divisoria, pero que yo no puedo
ver,
con tanques y helicópteros
que son manejados por los robotitos idiotizados.

Allá en el otro lado
que no es más que un par de metros,
unos idiotas mirando hacia este lado,
esperando que Dios les hable por el walkie talkie,

porque todo esto no es más que un juego,
visten como idiotas de combate,
con la cabeza rapada,
en nombre de la Patria y la bandera,
a matar a soldados anónimos,
que ni siquiera los políticos
que han armado todo esto
colocarán el nombre de ellos en una calle,
porque no tienen idea quién es el que está disparando en este
instante.

Apunten... fuego,
al hermano del otro lado
le ha llegado un balazo,
visten igual, pues yo no los puedo diferenciar,
pero ellos huelen al enemigo,
como perros que actúan por irracionalmente por instinto
y estos robotitos idiotizados disparan racionalmente
por un pedazo de tierra
en nombre de la Patria y la bandera.

Me acuerdo

Me acuerdo de los pies y las manos heladas arrastrándose sobre las tablas de madera que crujían con el frío.

Me acuerdo de mamá gritándome para que me entrara a la casa a comer pan con mantequilla.

Me acuerdo de las arquitecturas fangosas en el patio, el barro húmedo que se pegaba a mis uñas y las hormigas que caminaban sobre los túneles y puentes y me observaban de forma bélica, tratando de defender lo suyo.

Me acuerdo del pollo asado y las papas fritas que sudaban aceite antes que las comiéramos los domingo junto a mi abuelita y de la Coca-Cola que era privilegio de ese día.

Me acuerdo de mi abuelita interpretando a Segovia, sus dedos en cada acorde como patas de insecto sobre un tallo, su guitarra como la figura de una mujer hermosa como ella.

Me acuerdo de los aplausos, de los ramos de flores, de los homenajes a esa concertista clásica, de la Escuela Moderna y sus ricas atenciones a su nieto.

Me acuerdo de mi abuelita dando clases particulares de Bach, Söllscher, Lagoya y Fernández en el pequeño cuartucho y del sol intentando desesperadamente colarse en las persianas.

Me acuerdo de mi hermana encarcelada en el baño, tratando salir desesperada y de la ayuda que no encontré, porque me daban miedo los pasillos vetustos de ese edificio.

Me acuerdo del puré con salchichas y el ketchup reventado encima de las comidas, después de las clases que le daba mi abuelita a mi hermana.

Me acuerdo del Renault gris con alza vidrios eléctricos que estacionábamos en el Parque Bustamante; me creía el más millonario de la cuadra, porque mi papá y mi mamá no tenían auto con vidrios eléctricos.

Me acuerdo a los 10 años apoyado en el pecho de mi madre leyéndome libros.

Me acuerdo de la carta que escribí a mi abuelita el día que murió.

Me acuerdo de las poesías horribles de los 15 años.

Me acuerdo de mi hermana llevándome a la Peluquería Francesa, de mi mamá asustándome con las innumerables advertencias que le hacía a mi hermana, de la micro verde desteñida que nos dejaba a una cuadra de la casa y de mi miedo a perderme constantemente.

Me acuerdo de mi hermana llevándome a las concentraciones en contra de la derecha en el Parque Forestal, de las banderitas socialistas y comunistas y de su amiga de la universidad que era como un amor platónico para mí.

Me acuerdo de mi hermana saliendo del colegio llorando desconsolada porque mi abuelita murió.

Me acuerdo de mi primer cuento, de los libros que devoré ese verano, de las historias que empezaron a florecer tan prontamente.

Me acuerdo de las ganas de publicar, de los cuentos horribles que escribí, de lo enojado que estaba con la literatura, de las semanas enteras que me pasaba en la radio.

Me acuerdo del cuento que escribí después de 2 años, de lo mucho que gustó, de mis ganas de volver a abrazar a la literatura.

Me acuerdo de cuando me independicé, de mi abuelita, de su cuarto con persianas que mandé a sacar, de la música flotando todavía en ese cuarto.

Me acuerdo cuando empecé a instalar la biblioteca en ese cuartucho, del primer cuento que escribí allí escuchando a Segovia, a Bach, a Söllscher, a Lagoya y a Fernández.

Me acuerdo de lo feliz que estaba de comprar un departamento en el mismo edificio en el que cuando era niño sentía miedo por sus vetustos pasillos.

Me acuerdo de mi abuelita cada vez que veo a mi madre.

No me acuerdo (leer invertido)

No me acuerdo de aquella vez en que me mataste.

No me acuerdo cuando te maté.

No me acuerdo cuando empezó la pelea.

No me acuerdo de haberte encontrado alzando banderitas por el dictador.

No me acuerdo cuando me llamaste y me dijiste que irías a la casa de Gabriela.

No me acuerdo que no te haya creído.

No me acuerdo cuando sonó el teléfono de mi casa.

No me acuerdo del primer polvo que nos echamos en el San Cristóbal.

No me acuerdo de los seis meses en que salimos a escuchar canciones revolucionarias al Café del Cerro.

No me acuerdo por qué pensé que eras momia.

No me acuerdo cuando nos conocimos.

No me acuerdo de la primera vez que te vi en una protesta en contra de la dictadura y te encontré hermosa.

No me acuerdo por qué decidí ir ese día a la protesta.

No me acuerdo a qué hora me desperté esa mañana.

No me acuerdo cuándo nací.

El portero del Congreso

El portero del Congreso
tiene el poder secuestrado en sus bolsillos,
y cada vez que camina
suenan como llaves dispersas,
que abren las puertas diariamente
de una demagogia en progreso.

Los pasillos fríos y distantes
son las cárceles de la ilusión del pueblo
por allí las duermevelas de la gente descansan soporíferas
no logran despertarse
cuando el portero del Congreso
abre las puertas del Poder Legislativo
y enciende la máquina que tritura a Esperanza desolada,
a Esperanza insignificante
a Esperanza pobre y mendiga
a Esperanza ilusa
a Esperanza de izquierda
a Esperanza de derecha
a Esperanza muerta
a la familia de Esperanza.

El portero del Congreso se llama Juan
todos somos Juan
que nos despertamos a las 6 de la mañana
para encender una máquina
que fabrica ilusiones
mientras en el Congreso las duermevelas del pueblo siguen
durmiendo
y nosotros trabajamos sin descanso
como marionetas entrenadas
que reciben un turro de billetes
que se hacen polvo en tres días,
y en el Congreso los puñales vuelan de izquierda a derecha y
viceversa
y las risas en los pasillos vuelan de izquierda a derecha
en la cafetería un salud estridente de derecha a izquierda
en el ascensor un abrazo de izquierda a derecha.

El portero del Congreso se llama Juan
todos somos Juan
y Juan se toma el Congreso
tiene el poder en su bolsillo que suenan como llaves dispersas
al enterarnos nos acercamos al Congreso,
le pedimos a Juan que nos deje entrar para ayudarlo
y nos tomamos el Congreso

mientras afuera las miradas van de izquierda a derecha y viceversa.

Si no existieran ideales

Sobre la cansada madrugada,
rebota a la distancia
el eco furioso de un ladrido,
que armoniza un perro que ha mordido
la voz aguda de una sirena,
insistente en el aullido hacia el vacío
en busca de los combatientes.
Mejor sería que su replicar irresoluto,
se guardara en su cuartel
para reponer las energías de la marcha
de aquellos que todavía mantienen el luto,
si pudieran romper ese velo negro,
para algunos sería algo astuto.

Tiempo atrás,
los dos bandos en distribuciones políticamente correctas
eran separados por un puente de ignorancia,
que intentaba encapucharse
con ideas vagas de sectas efímeras.
En ese grupo alzaban el puño en alto,
Intentando tocar el techo pintado de cielo,
entonando cánticos mentales

que revolucionaban hasta esas líneas cerebrales,
que buscaban encauzar la ruta de los ideales.

¿Y si cobraron vida?

Se preguntaban en una charla filosófica,
entonces determinaron respuestas misántropas,
y cada uno se catalogó como persona *non grata*.
La risa agonizó ante una estocada mortal de la rabia,
la pena encarcelada por la insensibilidad,
y el odio se tomó el poder
apelando a la posibilidad
de encarcelar a Dios y al diablo en la misma celda,
adiós a los derechos humanos con el supremo,
Lucifer exigió un trato digno,
la negativa fue la misma y transversal
ofrecida en un cáliz bañado en una pizca frustrada.

Las ropas teñidas de estigmatización,
portan su nomenclatura en la capucha que parece ser
el emblema de la lucha.

El grito inequívoco se aúna formando fuerzas,
la expresión infantil de la osadía
está tatuada en una pared
que rasguña el odio

en esas letras desesperadas que dibujan *abajo el sistema*.

El juego urbano tiene marcador en la tele,
la represión anda rodando sus ruedas
en arterias aledañas,
en sus venas recorre doctrina militar
que no deja ver su espectro.

Un escupo vuela asustado contra un contrincante
y sólo muere cuando se estrella en un hermético casco,
la saliva va aferrada a esa cabeza de mentira,
recibe la furia de unas piedras,
el escupo se queja,
el casco se mantiene estoico,
el escupo comienza suda nervioso,
prontamente caerá una gota de sangre,
la vida es muy corta para una bomba salival.

La sirena abre su paso a la distancia,
el ruido estridente se desorienta
en la piedra confusa
que tampoco sabe por qué luchamos.

Los detenidos caen como muñecos del sistema,
algunos se aferran a un lienzo idealista
que se mantiene en la lucha,
unos niños dejan escapar su llanto al destaparse la capucha.

El ritual se repite,
es necesario distribuir esos roles.
El fuego amenaza con extinguir la diversión,
pero el combo de la ley alimenta el odio de estas llamas.

El llanto de una señora provoca la risa de un anarquista,
un palo en su cabeza
acalla a la histérica,
mientras un irracional entabla un diálogo ameno con un
semáforo.

El cansancio sigue siendo presa del insomnio,
por eso el sueño de un mundo mejor no nos deja dormir
tranquilos,
Si las oportunidades las regalaran en cada esquina,
Los bolsillos vivirían sobre una cama satisfecha,
Pero sigue la pesadilla apuñalando por la espalda.

Los años comienzan a arrugarse en los rostros,
ahora convertidos en universitarios,
visten a sus ideologías de distintas formas,
hasta este instante,
esa semilla de ideas escolares,
ha logrado germinar.

La ayuda de algunas charlas con unos libros,
Disiparon la capucha aturdida que no aclaraba el panorama.
Algunos radicales desistieron de la lucha y se vendieron al
sistema,
son los menos que se dedican a una actividad inútil que le dicen
diálogo.

Esta buena cepa, aplica el ingenio en cada lanzamiento,
que es impulsada con rabia,
dos intentos en vano,
uno acertado genera la felicidad del odio...
Como ama el odio asistir a esta destrucción.

Después en la fábrica,
enumeran con sus dedos a los caídos,
pareciera que las medallas y las condecoraciones
lograran florecer al regarlas con sangre,

el eco rebota como una puñalada helada en las paredes,
hasta sus cerebros se han quedado sólidos.

Al interior de un bus,
se persignan a los pies de un Dios de guerra,
como si sus armas fueran adornos de justicia,
la virgencita se llama Carmen y enfundan diciendo amén.

Cuando se distribuyen analizan los movimientos,
una piedra se desmorona en el suelo,
otras tantas se multiplican al besar el pavimento,
y sólo dos asesta el puño en una nuca.

Una lacrimógena desprende un tufo asfixiante,
y el agua turbia se desparrama en esta improvisada trama.
El lamento de los vidrios quebrándose
son como los quejidos de un herido
que ha caído en la frontera,
los brazos con escudos lo jalen hacia la privación,
las manos descuidadas hacia la perdición.

Y cuando logran obtener el trofeo
lo bautizan en las caricias desvirtuadas,
su capucha desvestida,
el llanto insolente de un estúpido conflicto,

si los ideales nos dejaran vivir tranquilos,
si nosotros fuéramos capaces de manejar a nuestros ideales,
si no existieran ideales.

Ahora en la cárcel,
tratando de sobrevivir en la consecuencia,
de vez en cuando lo siguen visitando ideales,
prefiere no escucharlos,
necesita un alma en paz.

En las filas,
el brazo armado,
camina un ser humano desarmado,
recupera cuerpo y alma,
si esa desobediente bala no hubiese mordido su cabeza,
si sus pensamientos desobedecieran a su doctrina,
malditos ideales bélicos,
si los ideales nos dejaran vivir tranquilos,
si nosotros fuéramos capaces de manejar a nuestros ideales,
si no existieran ideales.

Los cuchilleros

Máscaras y actores que se desenvuelven
como una hoja libre que la arrastra el viento
y se desplaza bailando un vals sádico,
mentiroso,
hipócrita.

Antagonistas que marcan las pulsaciones del ritmo,
como muñecos idiotas manejados por titiriteros,
que sonríen con nostalgia,
frustración,
soledad y
desamparo.

Los besos de buen día y hasta luego,
desde donde desciende un séquito de microbios,
como agentes minúsculos que escarban en la piel
inyectando infecciones que hacen zancadillas a los pies,
que los empuja hacia un páramo con flores muertas.

El molde de una risa dibujada con lápiz mina
que es la misma de cada día

borrada para siempre en la agonía
en el adiós obligatorio y diplomático,
y que renace con la mentira del buenos días.

La envidia sigue siendo una puta dictadora,
que se aferra a los ojos y a la boca
para que el ataque ciego sea más preciso.

Una mano consecuente
se pega a un cuchillo con fuerza,
primero la palmada en la espalda
identificando la carne vulnerable,
después la estocada chismosa
que nos mata,

nos deprime,

nos aniquila,

nos suicida.

Sólo basta que los ojos escupan
lágrimas con filo
que se desprenden al vacío.

Allá afuera...

Allá afuera, se escucha el aullido desesperado de una sirena,
el grito de la voz múltiple de una perpetua condena,
que clama ahogar esa deuda que se aferra como una pena.
Allá afuera, una lacrimógena llora su desgracia,
el tufo maligno que desprende,
abre sus cortinas,
y desde las entrañas el grito violento descarga su rabia social,
la represión se alimenta del odio social,
allá afuera, las sirenas siguen aullando,
los vidrios rotos desprenden la culpa del político ciego.
Allá afuera, la prensa es presa de un marcador que golea,
allá afuera, la democracia se nos desvanece,
allá afuera, la sangre traza su camino entre los vidrios rotos,
allá afuera, los políticos comen su banquete,
acá dentro, estamos replegados sin poder salir,
mientras allá afuera la guerra siguen divirtiéndose.

Me temo

Me temo que se acercaron a mí
por mi belleza y elegancia,
se cargaron en mi espalda
como bacterias invisibles a mis ojos,
que caminan por una ciudad repleta de personas,
pasando indiferente por pasajes y avenidas.
Sus sonidos silentes mis oídos no los escuchó,
séquito de un ensalzamiento que no pedí,
ahora, me temo,
que estas huestes me adulan sin permiso,
han tomado algunos libros de mi biblioteca,
sin permiso,
se apropiaron de mis amistades,
sin permiso,
visten sombreros y pantalones ajustados,
sin permiso,
aman a los míos,
sin permiso,
actúan como yo,
sin permiso.
Ya no tengo vida,
me la robaron cuando se metieron en la mía,

como un virus que ingresa,
sin permiso,
y me temo que todo lo que escribo
lo hago de forma automática,
obedeciendo órdenes injustas
-me temo-
porque me he convertido
en un producto de adulación,
sin permiso.

Muerte

Subir o bajar

Erguidos como un séquito del dolor, los deudos tratan de ubicarse como pueden bajo un cielo azul –que dado su color, es como el reflejo del mar en lo alto– y un sol de rayos fulgentes que no alcanza a iluminar su inoportuna presencia en momentos en que el corazón está nublado y gris.

Entre sollozos y sorbetes de tristeza, cada cual lucha por pasar desapercibido. Polarizan sus ojos con lentes oscuros y negros. La ropa de cada asistente está teñida de luto, porque visten de oscuridad, como si quisieran formar un eclipse involuntario con ese sol que los alumbra. Allá en lo alto, las nubes se estacionan donde pueden, como queriendo deleitarse con el sufrimiento de los que están acá abajo. Escondido, entre unos arbustos, después en unas flores y finalmente donde sea, la muerte se ríe a carcajadas de la desgracia ajena. No tiene corazón.

Los creyentes, ortodoxos y devotos a un Dios, que lo que menos hace diariamente es trabajar, pensarán que el cielo esperará a que el público deje de llorar para abrir las puertas y autorizar el ingreso a un nuevo habitante. Tampoco olvidan justificar sus pecados, anunciándoles a los más pequeños (sus hijos) que existirá una instancia en la que un consejo de sabios barbudos y túnica blanca, serán los encargados de decidir si es que pueden integrarse al paraíso de la vida eterna. En cambio, los que niegan esa deidad, sólo enterrarán el recuerdo del difunto bajo tierra, pagando la cuota mensual al cementerio que ofrece el “servicio” de arrendar un sitio para que “descanse en paz”; y quedarán todos (empresa y cliente) con la moral tranquila, pero el fallecido –sin saberlo– será atacado por las huestes de gusanos que comerán pedazo a pedazo cada una de sus presas.

Ahora, la muerte se abre paso entre todos los deudos que escuchan el sermón de un cura indiferente, que lo único que quiere es ir a almorzar. Se acerca al protagonista de esta fiesta, que sigue durmiendo descaradamente. Todavía alcanzan a llorar por ese sueño conciliador. Las sombras de la muerte son extrañas, pero imponentes. Uno de los parientes no logra reaccionar, porque el dolor parece poseerlo. Otro en cambio, mira hacia el cielo encomendado y después de recibir la señal baja su mirada hacia la tierra... como si Dios y el diablo tuvieran tiempo de asistir a funerales de desconocidos.

Alguien se persigna y besa con vehemencia sus dedos que han sido crucificados. Algunos a su alrededor repiten el ciclo, como si se tratara de una coreografía. Hay otros que la aceptan obligatoriamente, porque en efecto, es una obligación. Esta ruta injusta y esas frases trilladas que es *la ley de la vida* no parecen convencer, ni siquiera a quien las diga. Es este injusto ciclo el que exige más de lo que podemos dar.

La muerte lanza su mirada penetrante y cada uno de los asistentes baja la mirada. Como si alguien lo hubiese visto. Casi todos le tienen miedo... “y por qué –piensa él– si soy lo único asegurado en la vida”. ¡Vaya paradoja!

Es esa presencia que se advierte a diario en el mundo, son sus ojos inadvertidos, es su grito penetrante que escapa en los primeros segundos de muerte. Como una hoja cenicienta que se entrega a una llamarada filosa. Y esa maldita muerte que mira desde lo alto (o de abajo), eligiendo a una nueva víctima... será el más perplejo, el más susceptible, hay que defenderse como sea.

Los asistentes continúan lloriqueando. El abrazo colectivo es una señal de protección, como si en esa posición construyeran una frontera inexistente para la muerte. Pero no hay nada ni nadie que la venza. Pero calma, en este minuto no piensa matar a nadie.

Estos ángeles teñidos de negro son la antípoda de los alegres brotes primaverales que sacuden los vientos del sur. El sol, entendiendo que no era el día adecuado para extender sus rayos fulgentes, decidió retirarse por unas horas, así que unas nubes fueron las encargadas de adornar la postal. Unas cuantas gotas cayeron de lo alto, uniéndose al dolor y mezclándose con las lágrimas de los asistentes. Las hojas de los árboles comienzan a pudrir esta primavera opaca y caen lentas, silenciosas, flotando en esa nostalgia colectiva. Bajan dolorosamente, hasta que se estrellan y logran sepultarse bajo tierra.

Bajar. Todo baja. Bajar la mirada ante la muerte, bajar la alegría frente a su presencia. Bajar las flores para que adornen tímidas al cuerpo inerte y se pudran junto a él. Bajar el contenido de esta caja de madera. Bajar los párpados eternamente, para dormir durante segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años, décadas, siglos, épocas... una eternidad.

Bajar los brazos y rendirse. Bajarse los pantalones ante su maldita presencia. Bajar las defensas. Convertirnos en una incipiente vulnerabilidad, regalarnos ante lombrices hambrientas, malditas, crueles y sedientas, que claman por un bocado fresco. Bajar hacia la oscuridad infinita.

Dos lunáticos frente a un espejo

Dos lunáticos observándose en un espejo
se detienen impávidos uno frente al otro,
desean con vehemencia tocarse las manos,
pero hay una capa de demencia que lo impide.

Siguen los movimientos de sus ojos
replicando lo que su locura les ordena:
uno se mueve para allá,
otro para acá,
uno se mueve hacia acá,
otro para allá.

Se aman de forma silente,
sintiendo que su amor va derritiéndose
como ese hielo que cayó a una piscina de whisky
y se emborrachó a medida que se ahogaba,
dejando naufragar a sus sentidos,
se quedaron con los trajes de cordura,
mientras ellos nadaban desnudos hacia la locura.

Se tratan de tocar,
sus movimientos se replican
como la melodía de una canción
que también se volvió loca,
entonces si se ha decidido a no responder a sus preguntas,
si ha optado por imitar cada uno de sus movimientos,
deberá matarlo de una vez,
aunque la estocada se clave en su propio corazón,
porque no hay condena mayor,
que la pena del amor fuera de la razón.

Sostiene el cuchillo en su mano
palpa al filo del espejo,
pronto lo colocará,
como quien pone un punto final en el abismo de una frase,
y allí aparece él,
se quedan mirando el uno al otro,
le guiña un ojo,
le devuelve el guiño;
le tira un beso,
le replica el beso;

le hace un gesto obsceno,
la mueca rebota y vuelve a su origen;
le grita,
pero el sonido viaja en sordina hasta morir.

Y cuando enterró el cuchillo,
sintió el filo helado en su alma,
al otro lado aguantó el amor por él,
porque agonizaron juntos,
como dos lunáticos frente a un espejo.

Las contradicciones de la nada

Le han dicho al superior
(primera contradicción, porque ÉL lo sabe todo),
que en Chile las huestes pecadoras
vuelan como virus borrachos
sin control al volante,
penetrando a los desarmados de la fe.

En la nada retumba el rumor,
que su autoritario nombre está afiebrado por la propiedad
intelectual,
que algunos parroquianos militan el perro muerto
(curiosa práctica de Chile consistente en dejar huérfana alguna
cuenta)
satisfaciéndose con el punto final de que *Dios se lo pague*.

Entonces el enojo se lo envió por correspondencia a Lucifer
(segunda contradicción, porque su cuerpo está construido en
base a amor)
y pegó un puño tan severo a la mesa que hizo retumbar la tierra
en Chile
(óbice del 27 de febrero al tratar de explicar las causas).

Su risa refulgente logró iluminar los prados de la tierra del bien,
acaso brindando una trama nueva para reivindicarse,
dejó los cálculos de los grados en el bolsillo
y se incendió la tinta forestal
(tercera contradicción, porque ÉL es perfecto)
y los cuerpos calcinados
alimentaron el hambre de los gusanos,
tropa enemiga de la fertilidad altruista.

En su sueño se cruzó la pesadilla,
(si no es contradicción es una creencia ortodoxa)
la diosa le preguntó por qué tanto movimiento,
¿acaso no ves que tus hijos se pueden despertar?
(cuarta contradicción... ¿y cómo podría despertarse todo el mundo?)
y escupió indolente que en Chile le estaban cargando cuentas.

Mientras tanto a esa hora,
un grupo de amigos en un bar,
soltaban sus trenzas borrachas,
el pelo despeinado recibió la corriente del pisco,
los gritos hablaban como seres poseídos por el alcohol,
el garzón, único símbolo de autoridad en una taberna,
echó agua al incendio y pidió la cuenta.

¡qué Dios se lo pague!, gritaron al unísono.

Demoró varios días,

porque no encontró Chile en su GPS

(quinta contradicción, porque ÉL está en todas partes)

y en una zona fronteriza ingresó sin permiso.

Escuchó el grito autoritario *¡Alto!*

Tembló Dios y se detuvo como un delincuente,

¿Quién eres?, preguntó un hombre disfrazado de verde,

Soy Dios... hijo mío

(sexta contradicción... ¿y por qué se dejó ver tan fácilmente),

la fuerza armada del poder, encajonada en su intransigencia,

sigue con los oídos sordos por culpa de la doctrina nociva,

que deja sordo, ciego y mudo a quien la adquiere,

¡Ay de Dios que se ha ido detenido por no tener ningún papel
que lo acredite como tal!

(séptima contradicción: debió ocupar su poder para entrar a
Chile... en estos tiempos el abuso de poder está en todas partes,
así en el cielo, como en el infierno).

El secreto carga en su espalda la fidelidad,

la orden institucional lleva encinta la obediencia,

y el servicio a la patria es el amor de un robot,

Dios está en la nada o no es nada,

sólo una palabra,
los registros aduaneros no aplican,
no tienen fe, porque para esos antecedentes Dios no existe,
(octava contradicción, Dios es todo, verbo, palabra y poder).

Ahora la mirada es cabizbaja,
un siquiatra venido desde El Cielo
(novena contradicción: y no se confunda, porque el hospital
mental se llama así)
dispara cuestionarios con preguntas,
son dardos subjetivos,
de una radiografía mental.

Dios ha dicho con palabras en alta:
¡He venido a querellarme por una calumnia sobre mi nombre!,
la perplejidad está flotando en esa sala,
Todos utilizan mi nombre para pagar sus deudas,
el olfato policial se destapa al fin,
los computadores mueven sus neuronas
y la expresión tajante es un balde de agua fría,
usted figura en Dicom, por lo tanto no puede entrar a Chile
(empresa chilena que mantiene un registro de información, de
acceso público, acerca de la actividad de las personas en el
sistema financiero y comercial).

La sorpresa se viste de contradicción,
es el creador ausente con disfraz de moroso,
(décima y última contradicción: si Dios no existe, entonces esas
cuentas tampoco; ahora, desde el punto de vista existencial,
Dios no tiene por qué tener cuentas con nadie)
es sólo un eufemismo que habla a nombre de aquellos que
alimenta a sus cuentas,
o... que Dios se lo pague eternamente.

Cáncer

Mis pechos que albergaban vida
se han secado por la muerte podrida
a todos quienes alimenté
no vengan a decirme que les diga
que ahora tengo pasas inertes.
He caído en el olvido
como una hoja más del otoño
soy una hoja más en este prado,
caigo junto al cuerpo
no puedo levantarme,
el viento que me arrastra,
me coloca en la tierra infértil.
Los gusanos que trepan estas escaleras óseas
se estacionan en mis pechos
me devoran los pezones
se amamantan de mi muerte,
me roban mi muerte,
oscura y puta muerte,
sólo soy el polvo que se desprende en el vacío
arrastrada por el viento.

La risa de Dios

Entre sus piernas se asoma
cuelga la dictadura maldita que la somete,
se asoman dientes afilados que escarban
la dignidad y el respeto que se ahoga
en ese tsunami viscoso que se desparrama adentro

Canta y aúlla la sirena,
dos cuadrados con pistola se observan,
los micrófonos que gritan copuchentos,
en un café con piernas se estaba masturbando
la perra justiciera sigue con la puta venda.

Llantos que son marejadas de incredulidad
necesita unas tijeras para cortar el hilo,
los conservadores no pueden desatarse,
la perra justiciera no se atreve a matar a la moral.

Dios está jugando tenis en el club,
el diablo está del otro lado,
Dios va ganando el pleito,
el diablo comete trampa/ Dios no se da cuenta.

Un asesor de Dios le cuenta el caso,
no tiene tiempo para atenderlo,
hay soldados nuestros invocándolos –le dicen–
no tengo tiempo para atenderlos –responde con acritud–.

Una cabeza apoyada entre los brazos
un llanto clandestino y desesperado
los calzones desgarrados para siempre,
el vientre inflado por una dictadura moral,
los conservadores siguen atados.

La mancha de Dios florece por semanas
el trauma que se hincha en el vientre
después de parecer poseída por intoxicaciones
se abre de piernas otra vez,
y Dios se ríe por esas manifestaciones.

Felipe Valdivia Medina (Santiago, Chile, 1985).

Escritor, periodista y gestor cultural de la Universidad de Chile. Autor de la novela Siamesas (Uqbar, 2017) y de los libros de cuentos “Manual de Alteraciones” (Ril, 2014) y “Traducciones de Anagramas (Forja, 2012). Fundador de la revista digital Soy Pensante. Ha colaborado como columnista en el diario digital El Desconcierto y en las revistas de cultura Intemperie, Terminal y La Noche, además del sello de música independiente, Ballantines Records.

En Twitter está como @felipevaldivia_ y en Instagram como felivaldivia.

Este libro se terminó de imprimir en Santiago de Chile, abril 2018

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

- 1.- Sotomayor, Olga. Susurros que gritan. 2013. Narrativa poética
- 2.- Deb M., Michel. La mala poesía de saito. 2013. Poesía
- 3.- Valenzuela, Cristófer. El dolor de la pasión. 2013. Poesía
- 4.- Cravero, Matías. Otras balas. 2013. Poesía
- 5.- Gatica Salamanca, Mauro. Spin off. 2013. Poesía
- 6.- Zetina, Daniel. Babilonia contra la fe. 2013. Cuento
- 7.- Fong, Sergio. Con un cuello de botella rota. 2013. Poesía
- 8.- Crovetto, Paz. Poemas errantes. 2014. Poesía
- 9.- Fénix, Patricia. Desde las cenizas. 2014. Poesía
- 10.- Ocaranza, Raúl. Letras oleadas. 2014. Poesía
- 11.- Navarro, Héctor. 44. 2014 Poesía
- 12.- Verdugo, Rodrigo. Ventanas quebradas. 2015. Poesía
- 13.- Rivera, Michael. Sinfonía H. 2015. Novela corta
- 14.- Pastén, Fernanda. El increíble oficio de mi papá. 2015. Libro álbum
- 15.- Soberanes, Israel. Demencia: alas para el abismo. 2015. Poesía
- 16.- Valdivia, Felipe. Lecciones para luchar. 2015. Narrativa poética
- 17.- Quezada, Ignacio. 7 + 1 cuentos ilustrados. 2016. Cuento infantil
- 18.- Camboro. Tanico. 2016. Cuento infantil
- 19.- Gutiérrez, Christian. Los regalos y otros cuentos. 2016. Cuento infantil
- 20.- Pérez Aguirre, Ruth. Cuentos. 2016. Cuento infantil
- 21.- Fernández-Loyal, Mariela. Jikisxaña. 2016. Cuento Infantil
- 22.- Novoa, Loreto. Fotos con los ojos. 2017. Tuitertura
- 23.- Chávez, José Eduardo. Espacios de un mismo ser. 2017. Microrrelato
- 24.- Valle-Inclán, Ramón del. La tienda del herbolario. 2018. Poesía